

**CRISIS DE LA EDUCACIÓN O CRISIS DE LA SOCIEDAD.
40 AÑOS DE CEGUERA DEL MUNDO POLÍTICO:
ENTRE EL AZAR Y LA NECESIDAD*¹**

**A crisis of education or social crisis?
40 years of blindness of the political world: between chance and necessity**

Patrick Puigmal²
p_puigmal@ulagos.cl
Universidad de Los Lagos
Osorno, Chile

Introducción

A nuestro juicio, el movimiento estudiantil ha permitido, mucho más allá de los legítimos temas que, gracias a él, se transformaron en el centro del debate socio-político del país durante más de 5 meses en 2011, demostrar el malestar en el cual se debate la sociedad chilena desde la época oscura de la dictadura militar; época de brutales privatizaciones no solamente de los servicios públicos, entre ellos la educación, sino también del alma chilena y del rol ciudadano que debe ejercer cada uno en una democracia moderna.

La nueva educación, emborrachada de sobredosis de eficiencia, metodología, competencia y/o emprendimiento, ha transformado conscientemente (y en esto residía el proyecto intrínseco de los ultra-conservadores nacionales) los chilenos en productos que se venden y compran fuera de cualquier ámbito valórico o ético y fuera también de sus posibilidades económicas gracias a la sagrada institución del crédito y de su herramienta milagrosa: la tarjeta bancaria.

Durante 40 años, los gobiernos (no obstante diferencias ideológicas evidentes) han perfeccionado (si es que se puede utilizar este término) aquel sistema ignorando científicamente las esperanzas e ilusiones de gran parte de la población. Hoy en día, las nuevas generaciones, las que no conocieron la dictadura y la capa de plomo cognitiva, intelectual y valórica que significó tal régimen, salen a la calle, sin temor ni al pasado ni, por lo mismo, a las instituciones de represión y de orden.

Sin embargo, no debemos olvidar que 2010-2011 han sido, de igual manera, los años de las movilizaciones mapuche, del levantamiento de la región de Magallanes, de las protestas contra Hydro-Aysén, del rechazo a las políticas condenables de grandes cadenas farmacéuticas y del retail, y del apoyo masivo a las minorías sexuales.

Este contexto nos hace pensar que, ante lo que se enfrenta el gobierno de turno, no se puede reducir, sin negar lo fundamental que son los temas planteados por los estudiantes, a los problemas educacionales; y, aunque así fuera, la resolución de tales problemas requiere una reingeniería de la sociedad tan profunda que no debe sorprendernos ver temas como la política

* Artículo recibido el 5 de agosto de 2011; aceptado el 1 de septiembre de 2011.

¹ Parte de este artículo ha sido publicado en la revista *Tracks*, Issue 15th, 2011, Carrera de Pedagogía en Inglés y Traducción, Universidad de Los Lagos, p. 14 y 15.

² Patrick Puigmal es doctor en Historia, docente de la carrera de Pedagogía en Historia y Geografía, Director del Magister en Ciencias Humanas, mención en Historia y del Programa de Estudios y Documentación en Ciencias Humanas de la Universidad de Los Lagos, Osorno, Chile.

tributaria, la nacionalización del cobre, el cuestionamiento al 10% atribuido desde las ganancias del cobre a las Fuerzas Armadas o la condena del lucro transformarse en el centro de la reflexión ciudadana a pesar de la obstinación y de la negación gubernamental.

Esto constituye el verdadero reto que impone la sociedad civil al mundo político. Después de 40 años de silencio forzado y/o mañosamente instalado por las políticas educativas, el chileno quiere recuperar su dignidad, perder sus temores y ejercer sus derechos. Ser ciudadano es, contrariamente a lo que piensa la derecha gubernamental y muchos otros, un acto profundamente político (y por lo tanto ideológico) en el sentido noble y no partidario de esta palabra: no es solamente, como lo plantean algunas mentes bastante estrechas, respetar la ley o el orden, es, más que todo, influir y actuar para que justamente cambien esta ley y este orden. El Gobierno, más que protector de lo existente, debe saber escuchar la voz ciudadana y, gracias a ella, promover los cambios para que no ocurra lo que vemos todos los días y cada mes, cuando se publican los resultados de las encuestas de opinión: un desfase total entre el mundo político y el mundo ciudadano (la poca participación en las recientes elecciones municipales no es más que el reflejo de esto). Hace 30 años (dejamos de lado los casi 20 años de dictadura, periodo en el cual la política impedía justamente la existencia del rol ciudadano) que el mundo político demuestra una ceguera total hacia los problemas reales de los habitantes. Hace 30 años que los gobiernos se concentran en la macroeconomía, en las cifras bursátiles, en los tratados de comercio multilaterales, sin darse cuenta, por azar o necesidad, que la brecha social crece cada año, que la desigualdad en Chile es superior a cualquier otro país del continente, que nuestra educación es la más cara del mundo, pero tiene resultados sin relación con el precio pagado, que casi 20.000 personas viven en la calle, la mayoría en Santiago, y que, si bien globalmente el país crece, individualmente las diferencias son las que más crecen. Que el 10% de la población acumule el 70% de la riqueza nacional habla muy mal de la gestión política ejercida durante este periodo. El bien común existe solamente para justificar el enriquecimiento de la minoría, la que ejerce tanto el poder político como el económico.

El gobierno actual ha debido integrar en “sus” proyectos para sus dos últimos años de ejercicio del poder varios de los temas planteados: tuvo que proceder a una reforma tributaria, aunque mínima; tuvo que, aunque a regañadientes, proponer una reforma educacional como una de sus prioridades para el presupuesto 2013, prioridad que hasta ahora no era ni parte de las promesas electorales ni del programa de gobierno. Entonces, ya el proceso está en camino, un camino que deberán integrar en sus plataformas programáticas los candidatos a la elección presidencial de 2013.

Chile no es una isla, los “indignados” chilenos tienen hermanos en el mundo entero, hasta en el país iniciador y modelo del sistema imperante: son millones los que critican, manifiestan y piden cambios profundos para, así, vivir en un mundo mejor, más justo y más igualitario pensando que “otro mundo es posible”. La sociedad civil está mostrando que, contrariamente a lo que se escribe en la prensa oficial y a lo que se dice o se muestra en las principales cadenas televisivas nacionales o internacionales, haciendo comunidad, proponiendo proyectos colectivos, interpelando los gestores y actores eco-políticos, sacudiendo un sistema que parecía hasta hace poco totalmente inquebrantable, puede ser un camino hacia, justamente, ese otro mundo.

En Chile, si es que esto se concreta en los meses o años que vienen (como ya lo hemos señalado, las señales hacen presagiar que así será), tendremos una tremenda deuda hacia la juventud, la cual, a pesar de la famosa expresión “no están ni ahí los jóvenes”, tan útil para demostrar que nada se podía hacer o imaginar con ellos, habrá sabido sacudir las certezas, dar valor a las esperanzas de todas las generaciones y ofrecer un marco a múltiples reivindicaciones que -todas- están relacionadas con una gran insatisfacción social.

Creemos que todo no se resuelve con dinero, sea con más becas o créditos más abordables; pero sí estamos convencidos que todo se resuelve con más respeto, más capacidad de escucha, más apertura, más participación. Que 1.5 millones de chilenas y chilenos hayan expresado estas ideas a través el plebiscito de iniciativa popular el 7 y 8 de octubre del año 2011, es la señal más fuerte que todo lo escrito anteriormente en esta columna representa el fondo explicativo del movimiento. Esto significa que no estamos en presencia de algo circunstancial que se va a desvanecer de un día al otro. Al contrario, pensamos que entramos en una fase de cuestionamiento al sistema vigente, fase clásica para todos los estudiosos de la historia y de los movimientos que la sacuden con regularidad. No existe un sistema perfecto ni eterno y cada uno tiene una cierta duración de vida antes de desaparecer, modificarse, evolucionar, sea esto por circunstancias naturales o, así lo demuestra la historia, por la presión ciudadana. Los que no quieren entender tal lógica se arriesgan a ser los responsables de episodios con cada día más violencia, una violencia provocada por la ceguera y la sordera de los que gobiernan.

La violencia, tan condenable y vilipendiada, no es más que el resultado de la desigualdad, del aislamiento social, de la incapacidad de la sociedad de trabajar en pos de su propio sello: la propensión de un sistema que debe permitir a cada uno encontrar un espacio adecuado en una organización que, por esencia humana, es y debe ser colectiva. El individualismo exacerbado propuesto e impuesto por nuestro modelo societal es la primera causa de la violencia, y la educación puede, ¡debe!, constituir una de las mejores herramientas para combatirlo. Esto es, también, el mensaje que nos mandaron los estudiantes. ¡Sepamos escucharlo...!